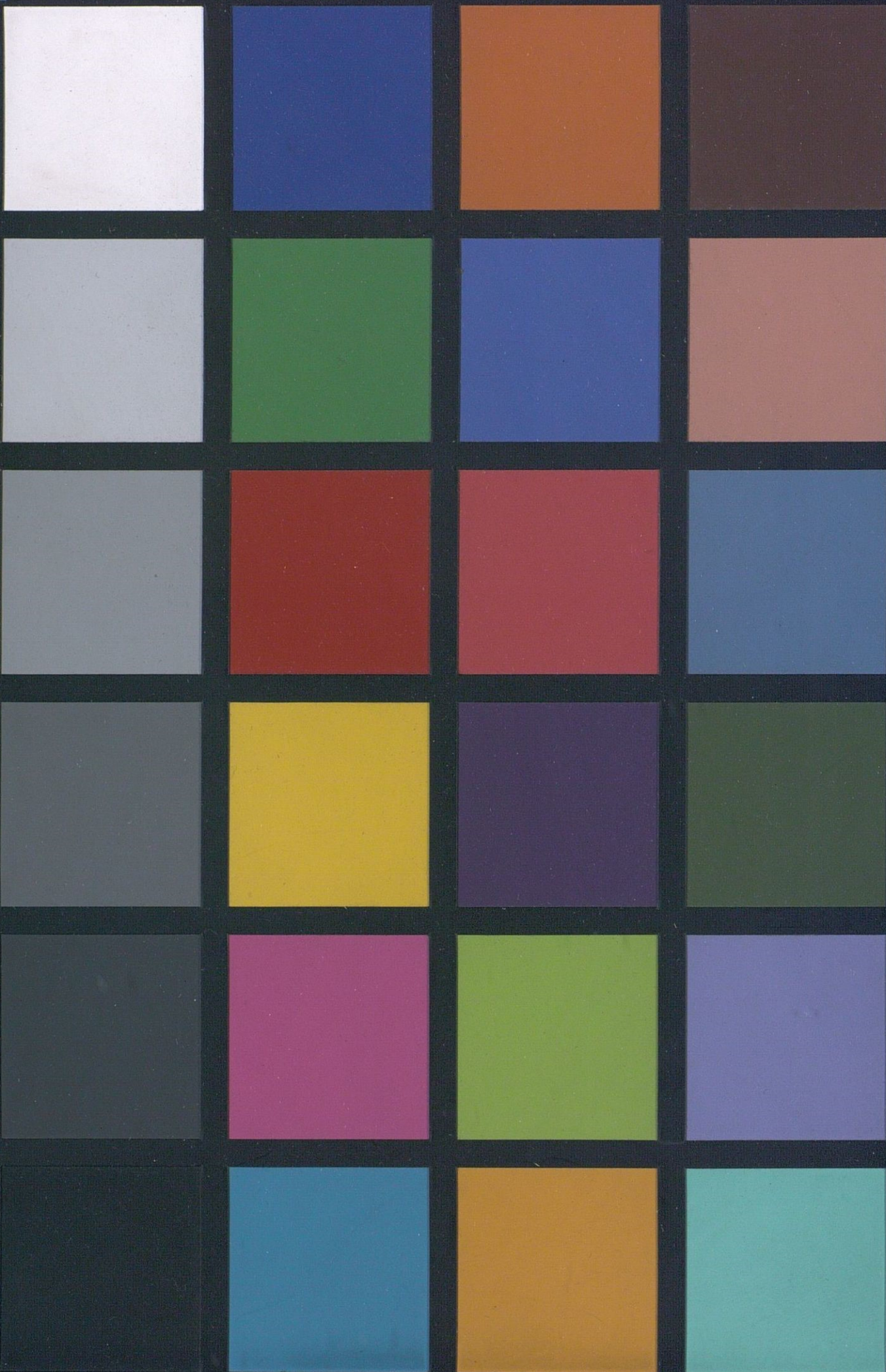


x-rite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

A-209-10 R. 35.688

HFA 00108 doc 7

PROPAGANDA CATÓLICA

El Clero y el Obrero

EN LOS TIEMPOS MODERNOS

ESTUDIO SOCIAL
dedicado
A LOS CÍRCULOS DE OBREROS CATÓLICOS

D. Pedro Claver y Bueno

(Aprobado por la Censura)



ZARAGOZA
Tipografía de Mariano Salas
1890

A-209-10 R. 35.688

HFA 00108 Dec 7

PROPAGANDA CATÓLICA

El Clero y el Obrero

EN LOS TIEMPOS MODERNOS

ESTUDIO SOCIAL
dedicado
A LOS CÍRCULOS DE OBREROS CATÓLICOS

D. Pedro Claver y Bueno

(Aprobado por la Censura)

ZARAGOZA

Tipografía de Mariano Salas

1890



T 65000

C 2298541



EL CLERO Y EL OBRERO

EN LOS TIEMPOS MODERNOS

LA impiedad siempre se ha declarado, abierta ó embozadamente, enemiga irreconciliable de la Iglesia católica, y en su consecuencia de todas las asociaciones que viven bajo el amparo de tan cariñosa madre; pero especialmente contra el obrero asociado á los centros católicos.

Las sectas, nunca dieron cuartel á estos enemigos, que siempre han sido el blanco de sus ataques, el objeto de sus enconos, las victimas de su rencorosa saña. Pero á pesar de que á los dos los considera como enemigos, al clero católico, al sumo Pontífice y á la doctrina católica, las combate con toda clase de armas é incesantemente, mientras que al obrero le halaga con seductoras teorías, para excitar su concupiscencia y hundirlo en la desgracia y en

el infortunio, para aniquilarlo, después que le sirve de escala para la realización de sus proyectos de destrucción.

Este fenómeno que actualmente observamos en las sociedades modernas, no es nuevo; lo vemos aparecer con regularidad y sucederse con asombrosa constancia, en la historia de todos los pueblos. Cuáles sean las causas productoras, el origen fundamental, de tan extraño acontecimiento, será el asunto objeto de nuestro estudio y atención por algunos momentos.

La aparición del protestantismo y la fundación de la Compañía de Jesús, son los dos sucesos más importantes de la historia moderna de Europa, considerada bajo el punto de vista religioso y social.

San Ignacio y Lutero aparecen simultáneamente para librar singular combate y disputarse el mundo palmo á palmo. Al grito de guerra lanzado en Alemania por el fraile apóstata, contestó el héroe vasco en España; y desde entonces comenzó en Europa una lucha titánica entre el cielo y el infierno, la verdad y el error, el Estado y la Iglesia. Como aparecieron en el palenque los más valientes campeones que debían figurar en el combate, la lucha debía ser mortal y sin tregua; y lo fué en efecto.

Algún tiempo despues, la Europa cons-

ternada, contempló sus campiñas asoladas, las calles de sus más hermosas poblaciones manchadas de sangre de hermanos; conmovidos hasta sus cimientos los tronos más seculares, los poderes más legítimos, las instituciones más venerandas; invadidas las ciencias y las artes por el virus de la reforma y conturbadas las conciencias y pervertidas las costumbres públicas y privadas, por una falsa moral perniciosa y corruptora.

En medio de este trastorno general, aparecen Suárez, Vázquez y Belarmino simbolizando la victoria en el terreno de la controversia científica; Campián y Perón representando la victoria en el terreno religioso; verdaderos mártires que supieron arrostrar con cristiana resignación el terrible suplicio á que los condenó la desgraciada Isabel y el desventurado Enrique VIII de Inglaterra.

El protestantismo, atrincherado principalmente en Alemania y en Inglaterra, se defendía con tenacidad y encarnizamiento contra la Compañía de Jesús, que extendía sus dominios por todo el universo, llevando á la vanguardia á todo el clero católico del mundo cristiano.

Más tarde, el jansenismo, engendro monstruoso del protestantismo, apareció con el

antifaz de la hipocresía, pretendiendo dominar el mundo de las inteligencias, pero bien pronto fué desenmascarado y vencido ante la razón y el buen sentido, yendo á sepultar su vergüenza al panteón del olvido.

La semilla de la discordia que con profusión sembraron estas sectas y la cizaña de la rebelión que el libre examen propagó por todas partes, había de producir sus funestos frutos y la hora de la revolución social iba á sonar en el gran horario de la humanidad, cuando el filosofismo moderno, armó una conspiración nefanda contra la Iglesia católica, su constante enemiga, promoviendo contra ella una coalición con los tronos y los poderes públicos para hacerla desaparecer de la faz de la tierra. La Iglesia, entonces, se opuso á la revolución que se cernía sobre el horizonte del viejo continente, como se había opuesto antes al protestantismo y al jansenismo que eran sus progenitores; pero no fueron escuchados sus saludables consejos, y la mano de la Providencia se encargó de castigar la prevaricación de los pueblos.

Llegó el término fatal y estalló la revolución; y coronas y diademas, y tronos y cetros, y autoridad y poder, se derrumbaron con estruendo en medio de la conflagración general. En el primer momento

de aquel vértigo trastornador de la revolución desenfrenada, pareció como que había zozobrado la pequeña barquilla de la Iglesia en el abismo profundo de aquel piélago tormentoso, pero bien pronto se le ve aparecer sobrenadando en las ondas y acudir valerosa al combate con nuevos bríos.

La impiedad, todavía no satisfecha con haber encendido la guerra entre las naciones de Europa y haber sembrado el odio de las luchas intestinas en los pueblos, infiltró sus errores en todos los ramos del saber humano, presentándose individualista y secularizadora en derecho, librepensadora en religión, racionalista en filosofía, materialista en ciencias naturales y anárquica en política.

Con todas estas perversas doctrinas, la impiedad, hija de la reforma, invade todos los pueblos civilizados del mundo; escala el poder y proclama ley la libertad absoluta del hombre; enemiga del clero católico, separa la Iglesia del Estado y divorcia á los Reyes y el Pontificado; imbuje en las masas populares el principio de insurrección, y arrancando de su corazón los sentimientos católicos, empuja á las muchedumbres tumultuosas á que invadan el alcázar de sus reyes y profanen el santuario de su Dios.

Aun hace más; sus disolventes doctrinas y su anticatolicismo se manifiesta en el libro científico, en la novela, en el teatro, en composiciones en verso y en prosa, en los periódicos, en los discursos de la tribuna y de las academias, en las plazas públicas, en los clubs y en las sociedades secretas.

Para contrarestar su funesta influencia, el clero católico se hace cosmopolita y propagandista incansable de las doctrinas católicas y se le encuentra defendiéndolas en toda la redondez de la tierra, sin que le arredren las distancias, ni debiliten su ardor los climas. Se le ve siempre contra la perversidad del error, hacer uso de todos los medios de propaganda imaginables. Al clero se le ve en todas partes y en todos los centros del saber formando un baluarte inexpugnable de defensa; se le ve en las universidades, en las escuelas, en las academias, en el púlpito y en el confesonario. Lo mismo brilla en los concursos científicos que en las asociaciones populares, y para defender el catolicismo, el sacerdote se hace periodista, teólogo, astrónomo, matemático, erudito, novelista y poeta. De aquí el odio, siempre constante, de la impiedad contra el clero católico, porque en todas partes la persigue y en todos los te-

rrenos la vence. Por eso se explica el odio encarnizado que contra el clero muestra siempre la impiedad.

Pero esta misma impiedad, usa otra clase de armas completamente diversas para atacar las asociaciones católicas de obreros y separar á éste del buen camino.

Vamos á examinar á grandes rasgos los lazos que tiende la impiedad á la clase obrera, para labrar su perdición material y mórál.

El socialismo, el comunismo, el derecho al trabajo, la internacional, la masonería y el libre cambio, son los más principales.

Y decimos los principales, no porque sean menos temibles los que consideramos como secundarios, pues el naturalismo, por ejemplo, envuelve con tantos sofismas las verdades más evidentes y reviste de tan brillante colorido las acciones más pecaminosas y punibles, que hace titubear á las inteligencias más claras, si la luz de la fe viva no las ilumina; sino que las denominamos así, con objeto de no extender demasiado nuestro trabajo y fatigar la benévola atención de los lectores.

No me detendré á impugnar el socialismo después que os son familiares los argumentos contundentes que han presentado contra este sistema ilustres publicistas,

mucho menos cuando toda persona medianamente versada en estos estudios, sabe perfectamente que los tres sistemas de la *asociación*, la *reciprocidad* y *derecho al trabajo*, representan al comunismo en cuanto al principio, y valen menos que él en cuanto á las consecuencias, en expresión de Thiers. El primero, ó sea el socialismo, quiere desterrar la tiranía del capital y la guerra destructora de la competencia; el segundo, ó sea la reciprocidad, desea suprimir el numerario, y el tercer sistema ambiciona convertir al Estado en capitalista que preste y dé trabajo al que lo necesite. Todos estos sistemas, más ó menos directamente, atentan contra la propiedad, y en su consecuencia, pueden considerarse desde luego absurdos, porque matan el estímulo principal del trabajo y la sociedad. Aparte del deber que tiene el hombre á sujetarse á la ley del trabajo, ¿qué es el hombre sin estímulo? El estímulo en el hombre, en expresión elocuente de un ilustre pensador, es el aguijón que le excita á vencer la repugnancia con que mira todo lo que le saca de la inercia y del reposo; el aliciente que pone en movimiento sus deseos y los medios de darles satisfacción; el resorte de su actividad. Prive-sele de este motor, y ya sus necesidades

quedan encerradas en un círculo estrechísimo, sus facultades se embotan, su voluntad se adormece, su porvenir no es á sus ojos más que una perspectiva lánguida, monótona, fría, sin interés, sin diversidad, sin progreso.

Ahora bien, añadimos nosotros; sin este estímulo, ¿cómo había de comprenderse que los hombres de talento se dedicasen á estudios arduos, á descubrimientos asombrosos? ¿Cómo pensar que las imaginaciones de los grandes artistas podían dedicarse á sus fecundas concepciones? ¿Cómo habian de desarrollarse y desenvolverse las grandes empresas comerciales? En un régimen socialista, no se comprende un Newton, ni un Miguel Angel, ni un Meceñas, ni un Horacio. Afortunadamente, el socialismo es de todo punto irrealizable; su planteamiento imposible.

Y esto no es una afirmación gratuita; el ilustre pero soñador Owen, cuya sinceridad y generoso desinterés, no podemos nosotros negarle, hizo un ensayo de socialismo con grandes capitales y con una opinión favorable abiertamente á su planteamiento; y su esforzado espíritu, y su ferviente entusiasmo, tuvieron que ceder al propio peso de sus errores y al empuje irresistible de las naturales aspiraciones del

corazón humano. Porque el hombre no puede consentir sin resistencia, que se le despoje de sus más esenciales atribuciones, convirtiéndole en autómeta. ¡Qué absurdo! El rey de la naturaleza, el ser creado por Dios á su imagen y semejanza, convertido por el socialismo en el hombre máquina; esto no puede ser.

La masonería, todos conocéis su origen; hay un pueblo que expia uno de los delitos más grandes que puede cometerse; hay una nación errante que fué deicida, y por eso está condenada á no tener patria, ni Dios, y que para saciar su odio inveterado contra el nombre cristiano, se ha dedicado á la usura para recoger en sus manos los grandes capitales de todos los pueblos cultos, y cuando ha logrado enriquecerse, ha formado esa asociación universal que se llama la masonería, declarando guerra á Dios, á la Iglesia y á los tronos. Hay algunos incautos que aun creen de buena fe, que las intenciones de esta sociedad no son malvadas, pero semejante suposición es absurda, pues ya es público y notorio las ceremonias sacrílegas á que se destinan, las supersticiones á que se sujetan y el fin anticristiano á que se dedican. Después que tantos escritores han publicado el interior de esas reuniones secretas, en

las que se amenaza á todo lo existente, en las que se cometen los más horrendos sacrilegios y se blasfema de Dios, ¿qué puede añadirse? Después de las confesiones de Leo Taxil, ¿qué hay que añadir?

Causan horror los detalles que ha publicado este afortunado arrepentido, y el alma se contrista al considerar los progresos que hace en nuestra amada patria la secta masónica, horror que aumenta si se atiende que en la España católica haya arraigado esta calamidad cuyo principal y exclusivo objeto es la destrucción del catolicismo y hacer desaparecer del corazón humano, el amor á Jesús, destruir su iglesia, matar su influencia y oponerse á su reinado social.

«Matando á la Religión, tendremos á nuestra disposición, dice el ritual masónico del grado 33, la ley y la propiedad, y podremos regenerar la sociedad, estableciendo, sobre los cadáveres, la religión, la ley y la propiedad masónica.» De donde se desprende claramente que la masonería quiere mataros el alma, desea arrancar el orden á la sociedad para disolverla y envolveros en sus ruinas, y anulando la propiedad os quiere haceros morir de hambre, sin fé y con la desesperación de los réprobos. No puede pedirse más al odio satánico.

La internacional y el libre cambio, son los enemigos más grandes y temibles que tiene contra sí la clase obrera. La internacional y el libre cambio se derivan del racionalismo y proceden como todos los errores de la negación de la verdad religiosa.

Según esta escuela, las naciones y los pueblos desaparecen y deben quedar fundidos en un solo pueblo, en una sola nación, no pudiendo haber naturalmente tratados que regulen sus relaciones comerciales, no debe haber más que una ley común: el libre cambio.

Si el comercio fuera completamente libre, resultaría que la nación más rica, el pueblo más inteligente y más laborioso, inundaría á los otros pueblos con sus productos y atraería por consecuencia todas sus riquezas; y como la miseria material engendra el empobrecimiento moral (si el catolicismo no impera), todos los pueblos tributarios del pueblo rico serían pronto absorbidos por él, viniendo á resultar un solo pueblo, según desea la internacional.

Toda la Europa está sintiendo en la actualidad los efectos funestísimos de estas ideas devastadoras, y hasta nuestra amada patria, como la que más, los trastornos económicos de tan erróneas teorías.

América aprovecha la utopía francesa é inglesa del libre cambio para arruinar nuestra agricultura y arrastrar en su ruina al obrero, puesto que el nuevo mundo, posee tierras de gran fertilidad que no soportan, por decirlo así, impuesto alguno y pueden dar los productos agrícolas á muy bajo precio en los puertos europeos, viéndose obligados los agricultores del viejo continente, á guardar los suyos ó venderlos con pérdida.

La agricultura europea se ve amenazada de un peligro inminente. El nuevo mundo con su próspera agricultura, base y punto de partida de todas las grandes industrias, ve desarrollarse su comercio, mientras que naciones como la nuestra, presencian la invasión de sus mercados por los productos americanos, sin que se oponga obstáculo alguno, decreciendo su comercio, aniquilándose su industria y sufriendo los naturales efectos de estos trastornos la clase obrera. Ya lo veis, obreros; la internacional os propone que ingreséis en sus filas para haceros felices, y no se ponen en práctica sus primeros principios (ó mejor dicho sus primeras utopías) y las fábricas se cierran, por que no pueden oponerse á la competencia extranjera, los trabajos agrícolas se paralizan porque sus pro-

ductos no alcanzan el precio necesario para cubrir ni aun los gastos de cultivo, y os veis en un momento que os falta el jornal que ganabais para sustentar á la familia.

Como si esto no fuera bastante, hace algún tiempo que cierta escuela filosófica se ha titulado defensora de la clase obrera (que ella llama desheredada), fundándose principalmente en la abolición de la propiedad y de la familia, haciendo á su vez una empeñada guerra al capital.

Los efectos que han producido tan funestos errores, todo el mundo los conoce, y toda persona ilustrada los lamenta; por eso al palpar sus consecuencias, los hombres más ilustres comprendieron que era preciso oponerse á los males de todo género que habian caído sobre los obreros, víctimas de tantos errores, y dedicaron la fuerza de sus inteligencias aventajadas á la consecución de tan noble fin. Centros de enseñanza, periódicos, academias, y cuantos medios tiene el pensamiento para propagarse, se emplearon para demostrar á los obreros, que no serian felices, aun cuando llegaran á conseguir la realización de sus deseos; pero ya era tarde.

La semilla que habia esparcido la impiedad, ha germinado y sólo la instrucción religiosa es capaz de evitar que sus hondas

raíces inficionadas prosperen y fructifiquen.

El clero católico, siempre atento y solícito á prestar el auxilio necesario á todas las clases de la sociedad, se ha presentado caritativo y amoroso á levantar en su caída á la clase obrera, poniéndose al frente de las asociaciones católicas de obreros dedicadas á la instrucción católica, y el éxito más asombroso ha coronado su obra. Y es natural que así haya sucedido, puesto que en los tiempos presentes, es preciso, de todo punto indispensable, enseñar á la clase obrera en qué mundo vive, qué clase de deberes tiene que cumplir en él, quién la ha enviado y á quién dará cuenta de sus acciones.

Sabido es que la base del desarrollo moral del hombre, es la instrucción, y el principio de sus virtudes, es la religión. Imbuíd en el espíritu del obrero la idea de Dios, foco generador de toda moral, y el obrero será buen ciudadano; inoculad en su corazón los delicados sentimientos de la moral evangélica y el obrero será virtuoso. Pero si por el contrario, anuláis su fe, entibiáis sus creencias y sustituis la moral del catolicismo por esa parodia vergonzosa llamada moral universal, todos los gérmenes de la vida noble y virtuosa,

morirán en su alma, y se convertirán muy pronto en víctimas desdichadas de todas las concupiscencias.

Y esto que os digo, no es exagerado pesimismo, pues hace poco tiempo, la lógica inflexible de los hechos ha probado la veracidad de nuestro aserto. En Agosto del año 1888, París fué teatro de una de esas escenas tumultuosas que caracterizan las situaciones difíciles y las grandes crisis sociales que produce la impiedad en nuestros días, llegando á la apoteosis del escándalo en el que el atropello y el desorden imperan, dejando tras de sí ruinas y cenizas, lágrimas y sangre. Este monstruo vestido de obrero, se presentó rodeado de todos sus atributos. La bandera roja se desplegó en la plaza de Voltaire, la tea incendiaria redujo á cenizas una de las más florecientes fábricas de la población y los gritos de «¡Viva la huelga!» «¡Viva la Comune!» turbaron el silencio de los sepulcros y el respeto de los muertos, pues con motivo del entierro civil del general Enches, en el cementerio Pere La Chaise, tuvieron lugar escenas tumultuosas y desórdenes inconcebibles. Y esto es natural que así suceda. La Francia impía, ha expulsado á los religiosos de su territorio, por fanáticos y enemigos de las conquistas modernas, ha

derribado las imágenes de Jesús crucificado de los establecimientos de beneficencia, y ha separado á la Hermana de la Caridad de la cabecera de los enfermos de los hospitales, porque se oponian á la marcha progresiva de los modernos tiempos, y ahora se encuentra que en la República sin Dios, el capital y el trabajo no se armonizan ni hermanan, el obrero no tiene virtudes y necesita la mina inagotable de un jornal creciente, para cubrir los apetitos de todas las concupiscencias; el capital cruel é inhumano, no ve en el obrero más que una bestia de carga ó una máquina viviente, y ejerce todo su imperio la ambición desmedida de la ganancia; el pobre no puede vivir de la limosna del rico, porque falta el amor que engendra la caridad cristiana, el rico no ve en el pobre una imagen simbólica de Jesús, sino un enemigo constante de su capital; ha llegado, en fin, la república atea, al principio de esa época funesta en la historia de los pueblos desdichados, en la que el lujo crece, se multiplican los pobres, las deudas se aumentan, nadie puede vivir con lo que tiene, y el capital busca á todo trance cómo apagar su ardiente sed de oro, y el obrero ambiciona el dinero, no por el trabajo, sino por medio de los des-

órdenes sociales. Ya lo veis, obreros cristianos; la impiedad, como las sirenas de la antigua mitología quiere fascinaros con mentidas promesas, para haceros victimas de sus apetitos; no escuchéis sus halagos porque á su sombra, como bajo la copa del manzanillo, encontraréis la muerte del alma; no ambicionéis los deleites y placeres con que os brinda, porque os rebajará hasta nivelaros con los brutos, no busquéis la felicidad que os promete, porque quedaréis burlados.

¿Queréis saber dónde está vuestra salvación? Pues meditad un momento sobre el precioso cuadro que voy á exponer á vuestra consideración.

Era uno de los más hermosos paisajes de Galilea. Bajo un cielo sereno y transparente, radiante de luz y de color, se dibujaban las ondulantes cumbres de lejanas colinas, cuyas verdes faldas sombreadas á trechos por grupos de higueras, granados y olivos, iban á hundir sus riscos en las aguas del lago Tiberiades. En su tranquila superficie se reflejaba el firmamento y los peñascos de sus orillas, como en un inmenso cristal, y sobre sus densas y pesadas ondas, se deslizaba ligera, flotante barquilla en la que se veían varias personas bogando con rumbo á la opuesta ori-

lla. Entre el grupo de personas que la ocupaban, se alzaba una figura de belleza singular que atraía todas las miradas de la numerosa muchedumbre, que seguía ansiosa por ambas orillas la marcha de aquella pequeña embarcación. Su figura era esbelta y gallarda, como los cedros que acariciaba el viento sobre las cumbres del Libano. Su rostro trigüeño y ovalado, poseía una expresión dulce y amorosa, humilde y simpática, que predisponía de una manera irresistible al amor. En sus ojos rubios, pero algo oscuros, irradiaban fulgores de luz, como las brillantes estelas que arrancaba del lago la afilada quilla de la nave, y su cabellera blonda y rubia que caía dulcemente sobre sus hombros, cerraban su hermoso busto como engarzado en un medallón de oro. Un misterioso resplandor rodeaba su cuerpo, del que constantemente se estaba desprendiendo místico perfume, que exhalaba el amor que rebosaba su corazón y que se reflejaba siempre en su fisonomía y en las tiernas palabras que de cuando en cuando dirigía á sus compañeros. El grupo de hombres que le acompañaban se agolpaban á su alrededor, se recogían, y en silencio le miraban embelesados; su atención estaba esperando entre ávida y temerosa que bro-

tara la primera palabra de su boca, y cuando su voz rompía el silencio con su dulce timbre, como el primer reflejo de la aurora rompe el fondo del horizonte oscuro de la noche, aquel grupo de hombres avanza un paso, y plegándose en torno de ese timbre articulado, como la mariposa pliega sus alas para libar el aroma de las flores, en un momento recibían en el fondo del seno de sus almas los sabios consejos que salían de su boca. Este, pues, que era el amoroso objeto de los que le acompañaban, la admiración de las muchedumbres que le seguían, era Jesucristo, rodeado de sus discípulos.

Cuando tan ilustres navegantes desembarcaron, continuaron caminando por tierra, seguidos siempre de numeroso concurso de gente, que ansiaba verle y oírle, hasta llegar á un lugar desierto y apartado de la Betsaida. En medio de aquella naturaleza árida y triste, ante aquella concurrencia numerosísima, se efectuó uno de esos milagrosos sucesos en los que se refleja con más verdad la infinita caridad del Hijo de Dios, que vino á sanar toda dolencia y enfermedad en el pueblo.

Una vez en aquellas soledades, Jesús *abrió los ojos y vió* aquella muchedumbre de gente que le seguía de tan lejos, y pre-

disponiendo favorablemente con el influjo irresistible de su mirada amorosa, el corazón de la multitud, para que recibiesen en su alma el fruto de su divina palabra, hablóles del reino de Dios, enseñando al ignorante y sanando al enfermo. Viendo Jesucristo que aquel numeroso concurso que le rodeaba y seguía por todas partes, se hallaban jadeantes de cansancio y necesitaban el alimento corporal para reponer las fuerzas perdidas en tan larga peregrinación, su generoso corazón se movió á compasión y no quiso seguir el consejo de sus discípulos, que opinaban por mandar á aquellas gentes á las granjas inmediatas para que se procurasen algo que comer, sino que tomando cinco panes de cebada y dos peces, de un muchacho que allí había, *alzó los ojos al cielo y los bendijo.*

Ante aquella hermosa mirada que derramaba á torrentes del seno de su alma sacrosanta la luz y la gracia celestiales, á cuya brillante luz apareció la maravillosa influencia de su poder omnipotente, tan exigua provisión, se multiplicó milagrosamente.

Yo quisiera tener la fuerza de imaginación de los grandes genios, para describiros con vivos colores la belleza de aquel cuadro.

Un grito unánime brotó espontáneo y vi-

goroso de entre la multitud al presenciar, cómo se multiplicaban con profusión maravillosa las provisiones en medio del general asombro. Hubo momentos en los que el entusiasmo de las muchedumbres llegó al colmo del frenesí, y oleadas inmensas de gente se agolparon en derredor de Jesús y querían *arrebatarse para hacerle rey*, gritando: «Este es verdaderamente el Profeta;» y ora besaban con indecible fervor la orla de su túnica, ora se arrodillaban junto á Él, pidiendo á voces su bendición, ora hundían sus frentes en el polvo para implorar su generosa protección, ora en fin, con lágrimas en los ojos besaban las provisiones, bendiciendo su providencia bondadosa.

¡Qué sublime enseñanza para la impiedad y qué lección tan admirable para el obrero católico!

La mirada prodigiosamente creadora de Jesús, y la ferviente oración á su eterno Padre al bendecir aquellas provisiones, muestra de una manera palpable á los sabios de nuestros tiempos que, cuando se dispensa con generosidad al pobre, el pan de la verdad, desciende del cielo la bendición que multiplica nuestros bienes corporales.

En vano se esforzarán los filósofos y pu-

blicistas modernos por encontrar una fórmula salvadora que resuelva el gran problema social de las grandes crisis obreras que tanto se hacen sentir y tan alarmantes proporciones han tomado en las naciones que se tienen por civilizadas.

La gran Ley para evitar las grandes crisis sociales, está condensada en el bello y divino ejemplo que presenta á nuestra consideración este pasaje hermosísimo de las Sagradas Escrituras.

¿Qué mejor base, qué fórmula más exacta, pudieran encontrar nuestros hombres de Estado para resolver tan difícil problema?

Mientras los poderes públicos, imitando á Jesús en Betsaida, no alcen cariñosos los ojos sobre la clase obrera, hablándoles del reino de Dios é imploren piadosos las bendiciones del cielo para darles trabajo y de comer, no esperen que desaparezcan las huelgas de obreros, verdaderas llagas gangrenosas que amenazan concluir con todas las fuerzas vitales de la iniciativa productora de la riqueza social. Olvidarse de Dios y proclamar el socialismo, el comunismo, el derecho al trabajo, el libre cambio ó la masonería, como medio de estirpar este azote social, es, en sentir de las Escrituras, despedir á las turbas hambrientas á

las granjas inmediatas, es exponerlas á que desfallezcan en el penoso camino de la vida, ó se lancen desesperadas en brazos del error y de la impiedad, para combatir á todos los poderes constituidos y arrebatár el orden á la sociedad.

Aun hay más; las tiernísimas escenas de la Betsaida, encierran una profunda lección para el obrero católico, pues la milagrosa multiplicación de los panes y los peces que el divino Salvador llevó á efecto ante tan numerosa concurrencia, es un símbolo expresivo y admirable de aquel otro milagro más prodigioso todavía, y siempre permanente, de la Sagrada Eucaristía, en la que se nos ofrece como alimento del alma, el Cuerpo y Sangre del mismo Jesucristo. Aquel alimento que en expresión elocuente del inmortal Racine, *«Es aquel pan que comen los ángeles, y que Dios mismo lo hace con la flor de su trigo.»*

Este inmenso beneficio que por sí solo fué bastante para encender en los corazones de los primeros cristianos, el entusiasmo de los mártires y les daba valor para confesar á Cristo sobre el potro ó en medio de los leones del circo, ¿no será bastante para robustecer nuestras almas y darnos fuerzas para oponernos á la impiedad?

Este inmenso beneficio, que fué confirmado por Jesús ante aquella muchedumbre de gente, en aquel día memorable, que presenció atónita su imponderable providencia, que llevó su amor y su caridad hasta obrar milagros para adquirir el sustento corporal á las turbas hambrientas, ¿no podrá en las grandes crisis sociales aliviar y remediar la afflictiva situación de la clase obrera? El que tuvo poder para que con un acto de su voluntad soberana se multiplicasen milagrosamente las pequeñas provisiones que un niño llevaba, hasta el extremo de quedar satisfecha el hambre de todos, quedando aun sobrante doce cestos, para que sirvieran de confirmación á tan asombroso acontecimiento, ¿no ha de tenerlo también para dar de comer á los obreros sin trabajo en las grandes calamidades públicas? Indudable es que sí; pero para que podamos conseguirlo, es preciso hacernos merecedores de su compasión y de su cariño, acogiéndonos á la piedad, y haciendo una guerra sin tregua á la impiedad sectaria de sus enemigos, que son los nuestros.

Para oponeros al error, para hacer la guerra á la impiedad, necesitamos unirnos como un solo hombre y ocupando el baluarte inespugnable de la Iglesia católica, ha-

cernos soldados de Cristo, que es el Señor de los ejércitos invencibles. Y hé aquí, la necesidad de las asociaciones católicas de obreros que se han organizado en nuestros tiempos en todas las naciones de Europa y que el Soberano Pontífice ha bendecido y confirmado como buenas, con su sanción soberana en su Encíclica de 28 de Diciembre de 1878. A este buen Padre, ha seguido todo el clero católico del mundo; y desde el ilustre mitrado que dirige en esta ciudad los destinos de la diócesis, hasta los dignos sacerdotes que junto á vosotros ilustran con su sabiduría y buenos consejos la marcha progresiva de esta asociación, todos cooperan á vuestra salvación espiritual y temporal.

Y hé aquí la razón fundamental del distinto rumbo que toma la impiedad para oponerse al clero católico y al obrero cristiano; al primero procura aniquilarlo directamente y sin rebozo, declarándole enemigo de la ilustración y del progreso, y al segundo, usa del engaño, del error, de la astucia, de una falsa ilustración, del alucinamiento de una engañosa felicidad material, para envilecer su alma, corromper su corazón y hacerle víctima de sus pasiones.

Puesto que ya conocéis los enemigos

que os rodean, los textos sagrados en los que está escrita la palabra divina, y el Sumo Pontifice, y los Obispos con sus pastorales, os señalan el remedio para huir y separaros de los enemigos de vuestras almas, como se separa un sano de los apestados; no os olvidéis nunca de la tierna escena de Betsaida; acogeos á la casita de Nazaret, en el taller del carpintero José; frecuentad ese convite celestial en el que se os ofrece el pan de los fuertes; acudid á la oración que vivifica el alma y vigoriza el corazón; y cuando vaciléis por el camino de la vida, y cuando el oleaje impetuoso del piélago de las pasiones amenace envolveros, y cuando desfallezca vuestro espíritu, azotado por las adversidades, acordaos que Jesús Sacramentado os aguarda desde el dorado tabernáculo para nutrir vuestra alma de salud y vida, y que es aquel mismo Dios que santificó la pobreza en Belén; que enalteció el trabajo en Nazaret; que sobre la cumbre de la montaña exclamó un día: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos,» y que desde el lago Tiberiades, hace diez y nueve siglos condujo á las muchedumbres hasta un lugar apartado y les dió de comer milagrosamente.

Ya sé que vuestros corazones son gene-

rosos y vuestras almas piadosas, pero no confiéis demasiado en vuestra propia fuerza; mirad que la impiedad está siempre vigilante para aprovechar el menor descuido y labrar vuestra desgracia. Sois el objetivo predilecto de su conquista, porque como sois las fuerzas vivas del trabajo, el núcleo más numeroso de las clases sociales, procura por todos los medios que están á su alcance llevar la muerte de la esperanza en vuestra alma y la fe de vuestro corazón. No lo dudéis. ¿No véis lo que está pasando en Europa? Violadas las leyes de Dios, escarnecido su santo nombre, prisionero el representante de Cristo en la tierra, aborrecida su Iglesia y rechazado el reinado social de Jesús; aparecen de nuevo los adormecidos odios de raza, renacen los deseos de venganza entre los monarcas, reviven los rencores entre los pueblos y chocan entre sí el capital y el trabajo.

Y no os deslumbre la aparente prosperidad de algunas naciones enemigas de Dios, y creáis que en ellas la clase obrera es feliz.

¿Qué importa que Rusia acaricie la idea de cumplir el testamento de Pedro el Grande, y aguarde el momento oportuno de enarbolar su pendón nacional sobre la cú-

pula de Santa Sofía, si el cisma de Focio ha producido el nihilismo que la amenaza de muerte?

¿Qué importa que Inglaterra extienda sus dominios por la India, se haga soberana de los mares y su comercio no tenga rival en el mundo, si arrastra el cáncer mortal en su corazón con los fenianos que le atacan sin descanso?

¿Qué importa que Alemania vaya tomando posesiones en los mares de Oriente y rija los destinos de Europa, si el socialismo debilita sus fuerzas y la tiene herida de muerte?

¿Qué importa que Francia ambicione el Tonkín y Madagascar, que Italia arrogante aprisione al representante de Dios en la tierra, si la Comune en la república francesa y la demagogia italiana, tienen humillada su soberbia y amenazada su vida social?

¿Qué importa, en fin, que en el cuerpo social de estos pueblos, exista plétora en la materia si hay anemia en el espíritu?

Anemia, sí; producida por el excepticismo y la duda en la clase obrera, y molicie y disipación en la clase acaudalada.

Y no esperéis que nuestra querida patria, por efecto de su especial organización moral y religiosa, se sustraiga con facilidad

del general contagio que invade las demás naciones de Europa.

A los pocos días que se disfrazó el socialismo en París con el nombre de *Organización del trabajo*, se publicó en Madrid un periódico con el mismo título. Bien es verdad que entonces fracasó por completo el intento, pero algún tiempo después la tentativa se ha renovado y por desgracia ha sido acogida por los obreros (no en gran número por fortuna) ya amalgamada y confundida con la cuestión política, ya bajo el aspecto de conmiseración hipócrita hacia la clase trabajadora.

Y observad en qué masa popular fermentan estas malas doctrinas y el auxilio que demanda la impiedad, porque sola no había podido nunca conseguir el triunfo tan decidido del mal.

Fué preciso que llamase en su ayuda á los obreros que antes había pervertido haciéndolos envidiosos, sedientos de goces físicos, y materializándolos, para que anhelasen por momentos hallar una ocasión para engalanarse con los restos de la sociedad que desea destruir. La impiedad en los tiempos modernos alucina á la clase obrera, proponiéndole la organización del trabajo, para acabar declarando que la propiedad es un robo.

Y estas ideas aterradoras son tan generales ya, que para libraros de la atmósfera asfixiante que por todas partes os rodea, no tenéis otro remedio que acogeros á las asociaciones católicas para fortalecer vuestras almas con la piedad cristiana, robustecer vuestras inteligencias cōn las sanas enseñanzas de la Iglesia y vigorizar vuestros corazones con los sentimientos puros de la moral de Jesucristo.

Necesario es que subsistan estas asociaciones católicas, para que se acojan á ellas todos los obreros de buena fe y que deseen no ser victimas de esa tremenda lucha de nuestro siglo, y se recojan aquí los de corazón herido por las contrariedades de la vida para que no sucumban abandonados. Si; que se detengan en el camino de perdición, y reconozcan que el terreno que pisan es falso; si no lo fortifica el Catolicismo, es suelo pantanoso, y aunque se desliza al parecer sobre alfombra de verdura y flores, en realidad, va sobre lodo que salpica sus frentes, manchando de cieno la luz de la divinidad que en su cerviz reflejó el Señor.

Adelante, pues, obreros católicos; agrandad más y más la obra prodigiosa del Conde de Mun, propagador incansable en Francia de los Circulos católicos de obreros y de este modo, no seréis burlados ni

engañados por esos falsos redentores de la clase obrera, que se apellidan à si mismos vuestros salvadores.

No lo olvidéis; si no amáis à Jesús y su Iglesia, si no os acogéis à la piedad cristiana, seréis, aunque no lo queráis, el azote de la patria y los verdugos de vuestra propia alma. Si toda dicha y toda felicidad está en Jesucristo, ¿qué espera el obrero separándose de Cristo y su Iglesia?

Ya lo sabéis; la salvación de la clase obrera, la prosperidad de la patria y el bienestar de la sociedad entera, se halla en Jesucristo, que es el camino, la salud y la vida.



... en las cosas de la vida humana...

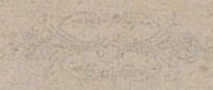
... y en las cosas de la vida humana...

... y en las cosas de la vida humana...

... y en las cosas de la vida humana...

... y en las cosas de la vida humana...

... y en las cosas de la vida humana...



OBRAS DEL AUTOR

Precio por
ejemplar.

Plas. Cents.

PRIMEROS ENSAYOS LITE- RARIOS.	1
EL AMOR DE LOS AMORES.	10
JESUCRISTO Y LO BELLO. .	50
ARAGÓN CRISTIANO Y CA- BALLERESCO.	50
EL CLERO Y EL OBRERO EN LOS TIEMPOS MODERNOS.	10

EN PRENSA.

HOJAS DE MI ALBUM.